

LA CASA COLORADA.

(Concluyen
Las Memorias de Doña Juana de Carbajal.)

Una noche mi padre y Luis llegaron de la ciudad, y mi padre me dijo:

—Hija mia, todo está dispuesto; vamos para tu nueva casa.

Estaba yo tan contenta en mi retiro, que casi me pesó salir de él; pero obedecí.

Llegamos á la calle de las Canoas y tomé posesion de mi nueva casa.

Tú la conoces en parte, y cuando leas estas Memorias habrás visitado los aposentos que hasta hoy han sido secretos para tí.

La casa fué de todo mi agrado; poca servidumbre, una esclava, una dueña, y Luis Herrera.

Siguiendo mis deseos, no habia querido mi padre ni carrozas ni lacayos, ni nada que diéramos idea de lujo ni de ostentacion.

Vivir felices y retirados de todos, este era el programa de nuestra vida.

Como siempre, los primeros días la curiosidad de los vecinos era muy grande por saber quién habitaba la «casa colorada;» pero ó lo averiguaron ó se fastidieron de sus inútiles pesquisas; lo cierto es que ya luego nadie nos hacia caso.

Mi padre nunca salia á la calle y yo iba solo á misa muy de mañana.

Habia observado que iba á Catedral y á la misma hora que yo, una dama que durante la misa lloraba.

Algunas veces llevaba en su compañía un niño, otras dos, y otras iba sola. Debia ser rica, porque al salir la esperaba una soberbia carroza; pero sin duda era muy desgraciada, porque su rostro melancólico lo revelaba.

A fuerza de encontrarnos allí á la misma hora, llegamos á simpatizar: ella me saludaba y yo tambien. Soliamos cruzarnos algunas palabras; pero no llegáramos á tener una amistad íntima, hasta que por un incidente se estrecharon nuestras relaciones.

Una mañana saliamos de misa al mismo tiempo, y observamos algun alboroto en la plaza y que algunos que pasaban decian: ¡«Pobre, pobre!»

En medio de aquellas quejas vimos á un español que daba de golpes á un hombre, llamándole «criollo, vil, miserable» y otros mil denuestos.

La dama se volvió á mirarme, y noté que su rostro estaba demudado por la indignacion; debió conocer que lo mismo pasaba en mí, porque acercándose me dijo:

—Hé ahí lo que se espera á nuestros hijos.

—Tal vez no—le contesté—quizá entre ellos, ó antes que ellos, venga el que nos ha de redimir.

- Dios escuche vuestras palabras; ¿lo esperais así?
- Todos los dias se lo pido á su Divina Majestad.
- ¿Venís mañana?
- Sí.
- ¿Temprano?
- Sí, señora.
- Arrodillaos junto á mí; hablaremos.
- Al dia siguiente estaba yo muy temprano en el templo, y aquella dama me esperaba ya.
- Me arrodillé á su lado y comenzamos á hablar.
- ¿Sois casada? me preguntó.
- Yo titubeaba en contestarle; pero al fin:
- No señora—le dije—pero tengo una hija.
- ¿Entonces viuda?
- Tampoco.
- Ella volvió á mirarme.
- Señora—le dije—yo era una muchacha honrada y buena; un hombre me ha engañado abusando de mi orfandad y de mi inocencia.
- ¿Y os abandonó?
- Así abandonó también á su hija.
- ¿No reclamásteis?
- Su padre contestó que un caballero español no podía bajarse hasta ser el esposo de una criolla.
- Pero mi marido es español.
- ¿Sereis rica?
- Mucho; desciendo por línea femenina y legítima del emperador Guatimoc.
- Señora, yo tambien, aunque por rama bastarda, desciendo de ese príncipe.
- ¿Cuál es el apellido de vuestra familia?
- Carbajal.

- Conozco esa historia: ¿me la quereis contar?
- ¿Por qué no? ¿acaso no circula por nuestras venas la misma sangre?
- Bien; iré á visitaros, aunque tengo para esto que luchar con el odio que mi marido tiene á los criollos.
- ¿Quién es, señora, vuestro marido?
- Don Nuño de Salazar.
- ¡Ah!
- ¿Qué os pasa? ¿le conocéis?
- De nombre.
- ¿Será quizá el mismo que os ha engañado?
- No señora, ese se llama Don Pedro de Mejía.
- Le conozco.
- La misa se habia terminado.
- Mañana iré á veros, *prima mia*: ¿dónde vivís?
- En la «casa colorada,» en la calle de las Canoas.
- ¿Sola?
- Con mi hija y mi padre.
- ¿A qué hora estais allí?
- Jamás salgo sino á misa.
- Iré: adios, prima.
- Adios.

De vuelta á mi casa conté á mi padre lo que me habia pasado, y aprobó aquella amistad: la esposa de Don Nuño de Salazar era una dama noble y virtuosa, y era verdaderamente de la familia del emperador.

Al dia siguiente estaba ella en mi casa.

Alentada yo con la aprobacion de mi padre, le referí la historia toda de nuestra familia, tal como la habia podido formar con los relatos de mi padre y de Luis Herrera, sin ocultarle nada de mis padecimientos y de mis desgracias.

Aquella era una mujer de un gran corazon; lloró conmigo y comprendió toda la amargura que guardaba mi espíritu.

Solo que nada le dije respecto de los amores que habia yo descubierto entre su esposo y Doña Catalina de Armijo.

Desde aquel dia fué para mí una hermana: yo no iba á su casa por no encontrar á su marido, pero ella venia continuamente á visitarme: sus hijos iban creciendo y mi hija tambien, el mayor de sus niños era Alfonso, y el mas pequeño era Leonel.

Pasaron así muchos años, y cada dia era mayor el cariño que nos profesábamos mi prima y yo; pero no habia llegado á conocer á su marido.

Mi padre habia llegado á una edad tan avanzada, que no podia ya salir de su cuarto: sentado en un sillón pasaba la vida, no queriendo que le viese nadie, nadie mas que yo: tenia cerca de cien años, pero sus potencias intelectuales y sus sentidos tenian la misma fuerza y la misma penetracion.

Alfonso y Leonel eran ya unos jóvenes, y tú eras ya mas que una niña.

La esposa de Don Nuño murió repentinamente, y yo quedé entonces mas sola sobre la tierra y mas triste.

Leonel fué enviado por su padre á España á servir en los ejércitos del rey.

Alfonso recibió las órdenes sagradas, y su padre le prohibió que nos visitara.

Desde entonces comenzó verdaderamente la soledad y la tristeza en nuestra casa.

Alfonso venia ocultamente á visitarme, y yo habia perdido hasta las ilusiones de ver libre á México.

Me dediqué á la lectura, y aunque con muchos trabajos, logré hacerme de una buena biblioteca, en donde pasaba los dias y las noches encerrada estudiando y procurando cultivar tu alma.

* * *

México estaba conmovido; habíase levantado el pueblo instigado por algunos contra el virey Gelvez; la agitacion de los ánimos era grande, y todos temian fatales consecuencias.

En aquellos dias los españoles, acobardados, trataban á los criollos con tales miramientos, que éstos llegaron á conocerlo, y la idea de la independenciam de México brotó en los cerebros de los hijos del país.

La ocasion no podia ser mas oportuna: la tierra sin gobierno y sin tropa, los españoles divididos y la exaltacion apoderada de todos los corazones.

Era el momento.

* * *

Una noche me anunciaron que me buscaba mi sobrino Don Alfonso de Salazar, y salí á verle.

—Tia, quisiera hablar á solas con vos—me dijo.

Hícele entrar á la biblioteca.

—Estamos solos, le dije.

—Se trata, señora, y quiero ahorrar preámbulos, de proclamar la independenciam de México.

—¿Y quién se atreverá?

—¡Yo!—me dijo con altivez.

—Arriesgada empresa.

—Pero digna del nieto de Guatimoc.

—¿Te encuentras con valor, con fé?

—Para todo.

—La muerte quizá te espera.

—La deseo si no llego á triunfar.

—Dios te bendiga, hijo mio, como te bendigo yo en nombre de tu madre que nos escucha.

Los ojos del jóven sacerdote brillaban con el fuego del entusiasmo y del amor patrio.

—¿Es decir que aprobais, tia?

—Apruebo, hijo mio: ¿qué os hace falta?

—Nada: inteligencia y corazon me sobran; soldados, México tiene hijos que morirán por salvar su bandera; la justicia de nuestra causa y el grito de libertad valen tanto como el lábaro de Constantino para llevar á un pueblo á la victoria. Solo esperaba vuestra aprobacion, porque vos sois para mí la representacion de mi madre.

—¡Dios te bendiga, Dios te bendiga y te salve!

—Que salve nuestra causa, que salve á México, y aunque yo muera.

—Hijomio, eres un héroe: si necesitáseis dinero, yo tengo, no os detengais, yo tengo mucho y todo será para vosotros.

—Gracias, señora, gracias, nada nos hace falta; hemos comenzado nuestros trabajos y nos reunimos en la casa del Cristo, calle de Ixtapalapa: id una noche y vereis.

—Iré, aunque á nadie vea, para verte á tí, hijo mio, y para ayudarte en lo que pueda.

Desde aquella noche sigo los trabajos de los nobles hijos de México.....

XXI.

De cómo Martin Garatuza salió de México.

MARTIN se frotó los ojos con las manos y cerró el libro; había leído por espacio de dos horas, á la triste luz del cuarto del Zambo, y descifrando casi la letra de aquel manuscrito.

Apoyó su frente sobre su mano extendida, y quedó por un largo rato meditando; por fin hablando consigo mismo, exclamó:

—¡Válgame Dios! y qué cosas hay en estas familias nobles! ¿Habránse visto horrores como los que contiene esta historia? La verdad es que todos los dias vemos cosas semejantes; pero será porque siempre impresiona mas lo que se lee, ó porque en un momento han pasado ante mi vista los acontecimientos de un siglo, lo cierto es que casi estoy por decir que estas Memorias me han trastornado.

Tomó el libro y volvió á hojearle.

—¡Vaya! Pues el tal Dⁿ Felipe, que á la cuenta debe vivir todavía, es el indio mas viejo de toda la cristiandad.... ¡Y cómo viven estos indios! Con razon cantan:

Quando el indio enanece

El español no parece.

Y lo que es este libro, de seguro que no lo vuelvo; la fortuna que Don Leonel no lo ha leído, á lo que parece: bonitas lindezas iba á saber de su padre... ¡Vaya, qué españoles!

En este momento llamaron de la calle.

—Ahí está ya el Zambo—dijo Garatuza apresurándose á abrir.

En efecto, el Zambo se presentó.

—¿Todo está listo?

—Todo.

—¿Las mulas?

—Esperan por el camino de Colhuacan, á la salida de la ciudad, en la casa de los Doce Apóstoles.

—¿Y el equipaje?

—De llevarle tengo.

—Bien; despacha, que es tarde: allá me aguardas.

El Zambo sin replicar tomó la caja que contenía la ropa y los efectos de Martín, y se la echó al hombro con tanta facilidad como si no hubiera pesado ni una onza.

—Cerraré aquí, y allá te entregaré la llave: vete.

El Zambo salió, Martín apagó la luz, y saliendo también, cerró la puerta y se embolsó la llave.

Martín tomaba con extraordinaria facilidad el aire de las personas cuyo traje llevaba.

Aquella noche cualquiera le hubiera tomado por el más honrado cura de una parroquia de indígenas.

Cuando se encontró en mitad de la calle, vaciló sobre el rumbo que debía tomar.

Llevaba el libro de las Memorias de Doña Juana: ella le esperaría; pero ciertamente Martín no tenía la menor intención de devolverlo; quizá no le serviría de nada, pero quizá podría serle muy útil: ¿quién puede mirar claro en el porvenir?

Reflexionándolo bien, llevar el libro á tan largo y tan expuesto viaje era peligroso: ¿á quién confiarle su guarda?

Martín daba vuelta en su cabeza á la lista de todos sus conocidos. De repente como iluminado por una idea, exclamó:

—¡Qué tontera! pues si tengo uno que ni mandado hacer me lo encuentro mas á propósito.

Y se dirigió rápidamente para la casa de Teodoro.

Había mucho que andar, pero Martín caminaba de prisa, tenía tiempo de que disponer, y ya no le quedaba nada por arreglar en México.

Casi un cuarto de hora empleó en el viaje; pero llegó sin novedad.

Todo el mundo dormía en la casa del negro. Martín golpeó la puerta como un desesperado, y después de los ladridos de los perros y de la tardanza del portero y de todas esas preguntas de costumbre, logró que le abrieran.

—¿Teodoro?—preguntó—¿está dormido?

—Supongo que se habrá despertado con esta boruca.

—Hacedme favor de decirle que su amigo Martín desea hablarle urgentemente.

El portero se retiró llevándose la llave y dejando á Martín parado en el patio y enteramente á oscuras.

Pero tardó poco en volver.

—Pase su señoría, le dijo á Martín, y le guió á una pequeña cámara en donde Teodoro le esperaba envuelto en una gran manta de algodón, tejida de diversos colores.

Teodoro no era de los hombres que se impacientaban por nada, tratándose de servir á sus amigos, y mostraba la fisonomía tan risueña como si fueran las tres de la mañana y no le hubieran interrumpido su sueño.

—Buenas noches, señor Martín, dijo tendiendo su mano á Garatuza.

—Decid mas bien buenos dias, porque casi está para amanecer.

—Pues tal me parecia que comenzaba yo á dormir.

—Razon de mas para pedirnos mil perdones; pero el caso es este.

—Sentaos.

—No, estoy muy de prisa, y solo por eso me he atrevido á despertaros; en este momento parto para Acapulco, á un negocio de sumo interes, pero tambien de mucho riesgo.

—¡Qué malo está eso!

—Aquí traigo para encargarlo á vuestra fé, este cofrecillo que contiene un manuscrito muy importante; hacedme el favor de guardármele. A nadie se lo entregueis, ni le deis noticia de él: si sobrevivo en esta empresa, volveré por él; si no, hacedme favor de entregarlo á Don Leonel de Salazar, caso de que esté libre: si á este caballero le sucediere algo malo, que Dios no lo quiera, dad el manuscrito de mi parte á Doña Juana de Carbajal, que vive en la calle de las Canoas; en la casa colorada.

—Cumpliré.

—Ahora, gracias; un abrazo y adios.

—Puesto que no quereis deteneros, adios, y que el cielo os lleve con felicidad y os traiga lo mismo.

El negro y Martin se abrazaron.

Garatuza salió, acompañándole Teodoro hasta el zaguan; se estrecharon las manos, y la puerta volvió á cerrarse.

Los que conocian á Martin no se admiraban ya de sus largos y repentinos viajes, ni extrañaban verle cambiar continuamente de ropa, y encontrarle tan pronto de clérigo como de soldado, tan pronto de caballero como de lacayo.

Martin era un tipo raro, era una especie de Proteo, siempre en movimiento, siempre variando de forma, y apare-

ciéndose en todas partes y cuando menos se le esperaba.

Habia comenzado á hacerse de fama, y algunas veces los oidores de la sala del crimen habian tenido deseos de conocerle, pero no lo habian logrado; bien que tampoco se habia puesto para ello mucha diligencia.

Garatuza salió de la casa de Teodoro, y como ya nada le detenia en la ciudad, se encaminó en busca del Zambo, que le esperaba en la casa de los doce Apóstoles, que era una especie de quinta, fuera ya de México.

En esto empleó cerca de una hora, y cuando se presentó en el lugar de la cita, comenzaba á amanecer.

Las mulas estaban ensilladas y el Zambo dormitaba sentado sobre la caja de Martin.

—Que carguen—le dijo Garatuza.

El Zambo y el arriero se apresuraron á cargar.

Martin subió en una mula, y tomando todo el aire y continente evangélico de un cura que va á una confesion, emprendió su marcha por el camino de Cuernavaca.

Los primeros rayos del sol doraban la elevada cresta del Ajusco.